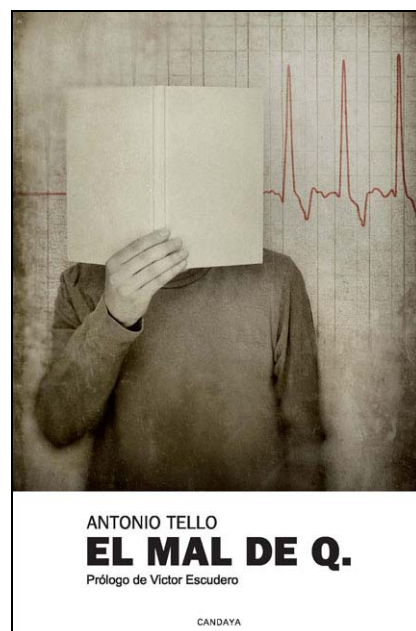


Antonio Tello **El mal de Q.**

Candaya Narrativa 14
ISBN 978-84-937077-3-6
208 págs.; 21 x 14 cm
PVP 16 €

**Una obra fundamental de la
literatura argentina del exilio**



LA OBRA: EL MAL DE Q.

El mal de Q. reúne los cuentos escritos por Antonio Tello entre 1968 y 2009. Constituyen en su conjunto una pieza crucial de la literatura argentina del exilio.

En la estela de grandes maestros como Borges, Kafka o Faulkner, estos cuentos enigmáticos y tensos revelan la obstinación de Tello por el lenguaje y por la constante lucha del ser humano contra la adversidad y la violencia del mundo. Sostenidos por una prosa marcadamente lírica, los treinta y dos cuentos reunidos en *El mal de Q.* forman parte de un genuino universo narrativo que fluctúa de la vigilia al sueño y de lo real a lo simbólico, lo que confiere a estas historias un tono heroico que hechiza al lector y lo traslada al tiempo de la leyenda y del mito.

Sus personajes, condenados a la soledad, al éxodo y al desarraigo, se enfrentan a un destino que aparece bajo la forma de una amenaza invisible y se ven obligados a transitar un presente inestable que trastoca sus identidades y los lugares que habitan, hasta convertirlos en extranjeros del mundo.

El *destierro* en la obra de Antonio Tello ejerce un protagonismo crucial. Y es allí donde encontramos la esencia de su creación poética: “Desde que concilié lo que llevaba dentro de mí con el entorno que habitaba, pude recuperar la energía creadora de la palabra y reconocer en la extranjería mi propia identidad”, dice Tello.

Víctor Escudero escribe en el prólogo de *El mal de Q.*:

“Cada vuelta de lo mismo, lejos de ser una simple repetición, no hace sino fortalecer una trama de correspondencias que todos los relatos, en su conjunto, van tejiendo, de nuevo, para ofrecer una expresión de la realidad ritualizada y posibilitar la emergencia de una unidad de comprensión subyacente a la apariencia de caos que la gobierna en la superficie”.

EL AUTOR:



Antonio Tello nació en Villa Dolores, Argentina, en 1945. En Río Cuarto, es cofundador de las revistas de periodismo alternativo Cine Síntesis y Puente, da clases de Teatro Clásico y Contemporáneo y crea el grupo de agitación teatral Hum. En 1973 publica su primer libro de cuentos, El día en que el pueblo reventó de angustia.

En 1975, tras ser amenazado de muerte, consigue salir de Argentina con su familia, gracias al apoyo de Amnistía Internacional. Después de una breve estancia en París, se radica en Barcelona, donde trabaja en varios medios de periodismo escrito, radiofónico y televisivo.

Ha sido en España donde Tello ha desarrollado casi toda su obra: las novelas De cómo llegó la nieve (Tusquets, 1987), El hijo del arquitecto (Anaya-Mario Muchnik, 1993), Los días de la eternidad (Muchnik Editores, 1997); el volumen de cuentos El interior de la noche (Tusquets, 1989) y diferentes ensayos, entre los que destacan El Quijote a través del espejo (Mondadori, 1989), Extraños en el paraíso (Flor del viento, 1997) o Historia breve de Argentina. Claves de una impotencia (Sílex, 2006). En 2004 Candaya publicó su primer libro de poesía, Sílabas de arena.

DE LA OBRA DE ANTONIO TELLO, LA CRÍTICA HA DICHO:

De estos relatos enigmáticos, escritos en excelente prosa, queda la impresión general de unos personajes abocados a la soledad, al desarraigo, al éxodo; y de un paisaje en el que la inmensidad del espacio es a la vez metáfora de la eternidad del tiempo. **María Cruz Seonane (El País).**

El universo literario de Tello, construido a base de un estilo cuidado y riguroso, recoge y prolonga la herencia de maestros como Borges y reflexiona sobre la condición humana, sobre el ser del hombre en el mundo y su permanente lucha contra la adversidad. El principal laberinto en que el hombre se extravía es el tiempo, principalmente el tiempo interior. Relatos inquietantes, cuyas referencias son el desarraigo, la nostalgia, la soledad y el desamparo. **(El Periódico).**

En su afán por alcanzar la mayor claridad, Tello desdeña los adjetivos para darle todo el protagonismo al sustantivo. Nombrar, nombrar, nombrar. He aquí su obsesión. Dejar que las cosas se expresen por sí mismas, sin mediatizaciones. **Jorge Rodríguez Hidalgo.**

Extranjero, errante, exótico, híbrido, son términos que en la literatura de Tello aparecen reiteradamente en contigüidad con el tema del exilio, como si la incomodidad que tenemos los demás para situarlo estuviese también siempre presente en el propio autor y se filtrara en sus textos. Nos quedamos entonces con la imagen poética que Tello compone para erigir un autorretrato, que es la de un árbol desterrado que da una doble sombra. Esa condición de extranjero es visible en su obra tanto en relación con la lengua que el autor ha forjado como en los temas que ha tratado. **Pablo Dema (revista Cartografías).**

Antonio Tello escribe como si buscara una revelación que sólo se vislumbra al decirlo con la palabra exacta. **Lola S. Morilla (Escribir y Publicar)**.

La originalidad del escritor argentino radica en gran medida en la abstracción, perfectamente concebida, que hace acerca de una realidad argentina que no se refleja en sus datos más reconocibles, previsibles o puntuales. Con lo cual se crea un universo narrativo carente de tópicos tanto en lo episódico como en los sentimientos que esos mismos episodios pueden determinar. Queda, en definitiva, lo esencialmente dramático, la angustia en estado puro, la incomunicación visceral del exilio, la perplejidad ante el absurdo de la muerte, el íntimo descubrimiento de un sentimiento distorsionado. **Nelson Marra (El País)**.

A ello hay que añadir un constante proceso de ruptura y caotización de los planos del tiempo y del espacio, las concatenaciones oníricas y los enfoques visionarios de la realidad que sólo al final encuentra la clave identificativa y explicativa. Las huellas de Bioy Casares (nítidamente evocado en "La reinención de Morel") y de Julio Cortázar no parecen lejanas, por no mencionar el opresivo mundo de Kafka.. Un apartado especial merece la especificidad de la prosa en estos relatos. Su elaboración estética es por momentos un fin en sí. Su ritmo o flujo acezante, el jadeo de la yuxtaposición, la sobrecarga verbal o9 la amplia espiral de algunos periodos dan la medida de un escritor para quien el lenguaje no se limita a fácil y transparente vehículo. **Luis Alonso Girgado (El Correo Gallego)**.

ASÍ EMPIEZA EL CUENTO "EL MAL DE Q." :

Q. tenía una obsesión. Ser un hombre de orden. Deseaba vivir en armonía con la realidad y para este fin acomodó sus hábitos a una estricta rutina. Pero ni aún así pudo evitar que lo imprevisible cambiara para siempre el curso de su vida.

Como cada día, Q. miró su reloj, constató que eran las 17,45 y comenzó a guardar los útiles y papeles de su mesa. Dio un último repaso a los datos que aparecían en la pantalla de su ordenador, confirmó la cita de un paciente con su médico de cabecera, autorizó las medicinas mensuales de un enfermo crónico y apagó la máquina. Eran las 17,55. A su alrededor ya no quedaba nadie sentado ante las pantallas. Se levantó de su silla, fue a los aseos, se lavó las manos y, justo a las 18, Q. fichó su tarjeta horaria. Sus jefes lo consideraban un maniático de la puntualidad. Pero él se tenía sólo por respetuoso del orden. Para él, el orden era el hábitat natural del hombre civilizado.

A partir de las seis de la tarde y hasta la mañana siguiente en que volviera a la disciplina de su trabajo, así como los fines de semana u otros días festivos, Q. sometía sus hábitos a una rigurosa rutina para que ninguno de sus actos pudiera alterar el orden de la realidad. Hasta el mínimo de sus gestos estaba previsto. Incluso desde que cierta mañana, hacía ya varios años, constató que los sueños podían causar ciertas perturbaciones en su habitual comportamiento se propuso evitarlos. Fue con este propósito que empezó a leer durante casi toda la noche a fin de dormir el tiempo justo para no soñar o al menos para no recordar el sueño.

Q. tampoco quiso correr riesgos con la lectura y prefirió que las narraciones respondieran a un orden lógico de tiempo y espacio y que sus argumentos y tramas estuvieran sujetas a la realidad. Para que todo estuviese bajo control calculó también el tiempo de lectura por página y el número de éstas que podía consumir por noche. Con estos datos también precisó la cantidad de libros que, según su tamaño, necesitaba por semana y la suma de la nueva partida que debía incluir en su presupuesto mensual. Estudió su sueldo y los gastos de comida, ropa, alquiler y mantenimiento de la vivienda, hizo los ajustes correspondientes y concluyó que

disponía del 85 por ciento del dinero para la compra de los libros. Para obtener la diferencia, Q. abrió una cuenta en la sección de librería de los grandes almacenes y obtuvo el beneficio de un descuento. Asimismo, se aseguró la venta semanal de sus novelas leídas durante la noche en una librería de libros usados.

El día en que Q. cumplió treinta y cinco años, también cumplió quince de antigüedad en el departamento de la Seguridad Social donde trabajaba y diez de lecturas nocturnas. Sus "aventuras controladas", como él las llamaba. Ningún sobresalto lo había alterado en todo este tiempo. Ni siquiera un mero resfriado. El día de su cumpleaños Q. no modificó su rutina y al salir de la oficina, como todos los miércoles, fue a la librería de los grandes almacenes. Se dirigió directamente a la mesa de novedades, donde ninguno de los títulos que se exponía era el mismo de la semana anterior. Con gestos mecánicos comenzó a elegir los libros. Prefería las novelas de doscientas cincuenta páginas, la cantidad que leía por noche. No le gustaba dejar inconcluso o a medio empezar un libro, pues eso le causaba una incómoda desazón durante todo el día y hasta le impedía comer con la tranquilidad de costumbre. Pero como los autores, cuyos nombres no le interesaban en absoluto, todavía no habían conseguido ajustar sus historias a un número de páginas predeterminado, se veía obligado a comprar un número variable de libros según su volumen. Pero ese día Q. tuvo la suerte de encontrar siete novelas de doscientas cincuenta páginas. Hacía muchos años que eso no le sucedía. En concreto hacía cinco años, cuatro meses y diez días, según confirmó más tarde al consultar el dietario que llevaba en su ordenador particular. Porque Q. lo registraba todo en su base de datos personales. No era un diario donde anotara sus impresiones, pues las consideraba distracciones de la realidad, sino hechos, datos reales. Q. sintió una especie de cosquilleo. Algo muy parecido a un gozo interior que enseguida sometió a su disciplina emotiva. No obstante, quizás por una sonrisa que se le pudo escapar, llamó la atención de otro cliente. El otro se le acercó decidido y sonriente con un pequeño libro en la mano. Q. lo miró perplejo, dudando de que se dirigiese a él. El otro era un muchacho alto y tan pálido que su piel parecía traslúcida. Detrás de él, la imagen idéntica que el muro de televisores reproducía en todas sus pantallas pareció congelarse reteniendo unos grandes ojos febriles. Q. tuvo la impresión de que aquellos ojos lo miraban a él. Eran los mismos ojos del muchacho que insistía alargándole el libro. Q. percibió, o creyó percibir, una cierta inestabilidad en su presencia. Se lo recomendando, le dijo y ante su indecisión añadió, no, no es propaganda, es sólo un libro. Q. lo tomó. Una cubierta blanca ocultaba su título. El muchacho le sonrió y saludándolo con un leve movimiento de su mano se alejó. Al cabo de unos segundos se lo tragó la luz de la calle. Q. se olvidó de él.